

UNA VISION DEL MUNDO CLASICO**

Por Francisco Rodríguez Adrados



Francisco Rodríguez Adrados nació en Salamanca en 1922. Es catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas "Emérita" y "Española de Lingüística", el "Diccionario Griego-Español" y la "Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos".

Los autores de este libro colectivo que intenta dar al público una idea del estado de nuestros conocimientos sobre la Antigüedad Clásica se han enfrentado, creo que valientemente, a un problema nada fácil: crear una obra científicamente al día y al tiempo legible y atractiva, desprovista de lastre erudito; una obra que pretende ofrecer una información amplia sobre toda clase de temas—historia, arqueología, literatura, pensamiento, sociedad— y que, sin embargo, forzosamente ha de tener una extensión reducida, aunque se acerque a las 900 páginas.

Imagino que en otras especialidades de presentan problemas semejantes, pero quizá a los estudiosos de la Antigüedad Clásica se nos ofrecen como más urgentes y difíciles. Pues por más que hoy nuestra visión sea más universalista y el mundo clásico se nos aparezca "menos único" que antes (como reconoce Jasper Griffin en la "Introducción"), es bien clara su continuación en tantos aspectos del nuestro, y, sin embargo, los conocimientos de base sobre el mismo del público culto en general disminuyen día a día. Y a la vez se multiplica hasta el infinito la bibliografía y las diversas especializaciones de los estudiosos se encuentran cada vez más incomunicadas entre sí.

(*) Texto igualmente cedido por : "Saber Leer", Enero 1987, núm. 1. Fundación Juan March.

(**) John Boardman, Jasper Griffin, Oswyn Murray (eds). "The Oxford of The Classical World". Oxford University Press, 1986. 882 páginas.

Con todo, alguna manera ha de haber para resolver el problema de hacer accesible al hombre contemporáneo un mundo que es la base del nuestro, que está todavía vivo en nuestra literatura, arte y pensamiento. Aunque sea sólo para liberarle —como dice otra vez Griffin— de la tiranía del presente y hacerle ver, por ejemplo, que las respuestas básicas a las últimas preguntas del hombre sobre su ser, su conducta y su destino estaban ya exploradas. O que una alta civilización puede perderse. O que puede haber un tipo de cultura que aprecie más la perfección estética que la innovación, el equilibrio, que y el progreso.

Naturalmente, pueden encontrarse respuestas en las obras especializadas o en los diccionarios enciclopédicos. Pero también que da lugar para un tipo de obra como ésta.

TRES PARTES

Bajo el título de “Historia”, los editores han comprendido toda la cultura antigua. Han dividido el libro en tres partes: Grecia, Grecia y Roma (época helenística y Roma antes del Imperio) y Roma; división nueva y acertada. Y en cada una de ellas alternan los capítulos propiamente históricos con otros de tema literario, arqueológico, filosófico, etc., tratando de lograr, por superposición y por referencias internas, una imagen comprensiva.

Cada uno de los 32 capítulos (precedidos de una introducción y seguidos de una conclusión sobre el fin de la Antigüedad) ha sido confiado a un autor diferente (hay poquísimas repeticiones) dentro de la pléyade de cultivadores ilustres de la Antigüedad Clásica en Inglaterra. Todo sobre un plan de conjunto, en principio bien equilibrado. Los capítulos, casi siempre, dan testimonio de esa claridad y ese buen estilo literario de los “scholars” ingleses. Carecen de discusiones eruditas y, por decirlo así, “parten de cero”: puede seguirlos cualquier persona de una cierta cultura, no requieren especialistas. Los completa siempre una sección titulada “further reading” que indica, muy didácticamente, qué otras lecturas son convenientes para profundizar más en el tema del capítulo.

Hay que añadir la espléndida presentación tipográfica y una documentación gráfica verdaderamente excepcional: 20 láminas en color, 10 mapas, nada menos que 813 ilustraciones en blanco y negro. No se trata de hacer, tan sólo, un libro bello, sino de enseñar: los “pies” de las láminas y fotografías explican su valor de testimonios históricos. Todo este material es en gran medida original y está al día: hallamos, por ejemplo, reproducciones de la cratera de Der-

veni, de una inscripción de Aśoka del Afganistán o de un fresco de Vergina (el rapto de Perséfone), todos ellos hallazgos recientes. Los mapas son especialmente útiles y didácticos.

Hay que añadir luego la última sección, que contiene las “tables of content”, con una cronología de acontecimientos históricos y culturales y un índice alfabético de temas y nombres propios. Todo esto da unidad al conjunto y hace el libro más manejable.

Tras esta sumaria exposición volvemos a nuestra primera pregunta: la de hasta qué punto los editores han tenido éxito en su cometido. Naturalmente, la respuesta ha de ser matizada.

Había inconvenientes que no se podían obviar: no se podía aquí presentar la problemática de las últimas investigaciones, sólo una exposición “al día” de sus resultados, en forma, necesariamente, un tanto personal y asertiva (con excepciones, confrontar, por ejemplo, D. Stockton sobre el emperador Claudio, página 552). Pero hallamos exposiciones cuidadas y al día de buenos especialistas sobre casi todo el vasto dominio de la Antigüedad Clásica: un período de 2.000 años fragmentado en infinitos estados de tipo diferente, con infinitas variaciones en la literatura, las artes y el pensamiento. Se trata de un libro accesible, útil y, al tiempo, bello de ver y de leer.

Y, con todo, la empresa era tan difícil que no podía menos de producir, aquí o allá, cosas mejorables o criticables. A veces va en ello el gusto o la posición personal, sobre tal o cual punto del que lee y juzga el libro; a veces pueden encontrarse, pienso, lagunas o deficiencias más objetivamente identificables. Explicables, sin duda, por la extensión limitada del libro y por la intervención de tantos autores en el mismo.

Uno puede, por supuesto (y en esto puede haber subjetividad), admirar más ciertos capítulos que otros y cuestionar incluso la elección de ciertos autores (no por su valía científica, sino por su adscripción a ciertos capítulos).

Por poner algunos ejemplos, son excelentes la “Introducción”, de Griffin, y, luego, el capítulo 1, de G. Forrest, sobre la historia de Grecia en el período arcaico: es magistral el tema de “la invención de la política”, con su estudio de las causas y características de la institucionalización del gobierno, aunque sea con regímenes muy dispares. Son hermosos los dos capítulos que se hacen “pendant” sobre Homero (el 2, de O. Taplin) y Virgilio (el 25, de J. Griffin): el primero volcado a una interpretación estética y unitaria, el segundo, a la situación de la poesía virgiliana en el contexto de su época. Son muy ilustrativos ciertos capítulos históricos (9: “Vida y Sociedad en la Grecia clásica”, de O. Mu-

rray; 13: "Historia del período helenístico", de S. Price; 16: "Roma primitiva e Italia", de M. Crawford; 19: "Cicerón y Roma", de M. Griffin; 22: "La fundación del imperio", de D. Stockton, etc.) y otros arqueológicos (12: "Arte y arquitectura griegas", de J. Boardman; 32: "Arte y arquitectura romana", de J. Matthews).

Estos son sólo unos ejemplos, que pongo sobre todo con el objeto de dar una idea de la organización del libro.

Otras veces la orientación de algunos capítulos me resulta insuficiente. Así la del 5 ("Filosofía griega arcaica"), de M. L. West, autor a quien, posiblemente, le habrían convenido mejor capítulos como el de Hesíodo (el 3, de J. Griffin) o el de los líricos arcaicos (el 4, de Bowie), ambos muy insuficientes. Decir, por ejemplo, que el centro de la filosofía de Heráclito está en su atención a la moralidad, la religión y el alma humana, me parece quedarse muy lejos de lo más íntimo de la filosofía del de Efeso. Esta, por más que pueda haber efectivamente influjos orientales, depende de una problemática de la "física" muy helénica, que es seguida muy imperfectamente en todo el resto del capítulo.

Insuficientes de este tipo se hallan con frecuencia acá y allá, quizá por culpa de la falta de espacio, quizá por una cierta tendencia a hablar de poetas o escritores individuales más que de temas generales.

Otras veces lo que se puede criticar es la existencia de lagunas imputables no a los autores de tal o cual capítulo, sino al plan de conjunto. Una de las más sensibles es que prácticamente falta un tratamiento de la cultura micénica. Otra, el que apenas se nos dice nada del drama de la democracia y la política interna de Atenas a fines del siglo V. O del conflicto de las diversas religiones e época helenística y romana, del impacto del Cristianismo en la literatura tardía, etc.

En libros de este tipo, con un tema amplísimo y autores múltiples, con el ensayo, además, de un planteamiento general nuevo, es inevitable que el crítico pueda encontrar desigualdades como éstas, que a veces pueden depender en gran parte de sus posiciones subjetivas. Lograr el ideal de la exposición en que se muestren las relaciones y dependencias de los más varios aspectos de la historia y la cultura antiguas y lograrlo, además, en un espacio limitado y con una presentación popular y accesible es, quizá, pedir demasiado. Lo alcanzado en el libro representa un buen avance. Para una primera inserción en el mundo complejísimo de la cultura antigua, es más que suficiente.

Y hay capítulos espléndidos junto con otros dignos, aunque nos resulten lagunosos o desconectados de los demás. Además de dar esa

panorámica de que hemos hablado, todos ellos ofrecen una segunda panorámica, aunque sea ofrecida en forma discreta, no ostensiva: la del enorme desarrollo de las Ciencias de la Antigüedad. Sobre múltiples puntos, que van de Homero a la literatura helenística, de la expansión de Roma al arte o la vida de la Antigüedad, estamos hoy en disposición de ofrecer visiones mucho más ricas e ilustrativas que hace unos decenios. El libro que comentamos las ofrece. Hay que criticar, sin duda, que la orientación bibliográfica ofrecida al lector en los "further reading" al fin de los capítulos es, con muy pocas excepciones, anglosajona. La finalidad didáctica de un libro ofrecido primordialmente al público de habla inglesa puede justificar esto, al menos parcialmente.

LA ANTIGÜEDAD HOY

Nunca se ha publicado más que en estos últimos años sobre temas de Antigüedad Clásica. Aun descontando lo que, como en otros campos, pueda haber de repetitivo o banal, procedente de las necesidades administrativas de los aspirantes a puestos públicos, el hecho queda en pie.

Nuestro conocimiento de ciertos aspectos de la vida antigua ha mejorado enormemente gracias a la nueva documentación (inscripciones, papiros, incluso manuscritos), a las nuevas ediciones e interpretaciones de los textos, etc. Hay muchos campos en que nuestra visión se ha profundizado: mundo micénico, lírica griega, estudio formal de la literatura en general, Roma primitiva, religiones antiguas, relaciones con otros pueblos, etc. Todo esto se recoge aquí en un grado variable; en términos generales, como se dijo, prescindiendo de controversias y con buenas exposiciones. La visión de cultura antigua como un conjunto, dentro de su infinita fragmentación, también se logra, si bien con mayor o menor éxito según los casos.

Así, el libro presenta fallos y no constituye una respuesta definitiva —¿cuándo podrá haberla?— al problema que para la exposición de los logros de la cultura antigua, más necesaria que nunca, plantean, de un lado, la situación cultural de nuestros días y, de otro, la compleja problemática de la Ciencia de la Antigüedad también de nuestros días. Pero resulta una aproximación notable: un libro que llama a la lectura y a la contemplación de su documentación gráfica y que, con las lagunas, inconexiones y tomas de partido que sean, introduce al lector en lo más esencial de ese mundo de la Antigüedad Clásica, tan lejano y, sin embargo, tan presente pese a todo. Como Modelo, como incitación y contraste, como fuente de reflexión en todo caso.